

LOS HOMBRES DE LAS NIEVES

El periodista Federico Bianchini estuvo un mes viviendo en la Antártida. En esta nota nos cuenta intimidades del trabajo y la convivencia de científicos y militares. Bajo un clima riguroso e inclemente, un profundo compromiso patriótico se impone sobre todos los escollos.

Federico Bianchini

Fue redactor del diario Clarín y editor de la revista Anfibia. Da talleres de escritura y colabora con medios internacionales como VICE y The New York Times. En 2010 ganó el premio Las Nuevas Plumas (México) y en 2013 el Don Quijote/Rey de España (EFE). Luego, viajó a la Antártida por 10 días y se quedó un mes: al volver, escribió *Antártida. 25 días encerrado en el hielo* (Tusquets) con el que en 2016 obtuvo la Beca Michael Jacobs, de la Fundación Gabriel García Márquez (FNPI). Acaba de hacer un crowdfunding para publicar su primer libro de cuentos que saldrá este año.

Rumbo al continente blanco

Los primeros viajan hacia la Antártida en octubre o noviembre, en la llamada “pre-campaña”. Unos meses después, en enero y febrero (para la “campaña”), llegan los demás científicos. Van desde sus provincias a Buenos Aires. Desde allí, algunos se embarcan en el ARA Almirante Irizar, pero la mayoría parte en avión, desde el aeropuerto militar del Palomar hasta el aeropuerto de Río Gallegos, en Santa Cruz. Una vez allí, sin fecha fija, se sigue o se esperan uno, dos, diez, quince días, ya que el clima impone la agenda. Los meteorólogos llaman “la ventana climática” a un espacio imaginario sin vientos ni tormentas furiosas, un agujero entre las nubes, una nada descubierta de niebla que permitirá el despegue con destino al sur del sur, hacia lo que todos conocemos como el continente blanco.

En 2012, el biólogo Emiliano Depino pasó 23 días esperando que apareciera una ventana climática para poder llegar a la base Doctor Alejandro Carlini, una de las siete bases permanentes de las trece argentinas que hay en la Antártida. “Se aprende a ser paciente frente a la fuerza de la naturaleza. En la ciudad tocamos botones, prendemos, apagamos, vamos adonde queremos: decidimos”, dice Depino.





“En la Antártida es distinto: si hay que esperar, se espera. No queda otra”, aclara el biólogo.

Los científicos comparten vuelo con los militares que se ocupan de la logística de las bases. Viajan en el Hércules, un enorme avión de la Fuerza Aérea (entran 64 paracaidistas con sus equipos) sin butacas. Se ven los cables, las membranas: un avión impúdico de ventanas circulares, sin alfombras ni azafatas. Viajan sentados sobre unas redes rojas, unos junto a otros, brazo contra brazo, pierna contra pierna. Entre los pies, los bolsos. La mayoría dormita o simula dormir. El ruido es infernal. Algunos llevan auriculares industriales; otros, tapones para los oídos; los menos experimentados comparten pedazos de algodón. El Hércules tiene cuatro turbinas con hélices de paso variable (pueden desplazar el viento hacia atrás o hacia delante, lo que permite aterrizar en pistas cortas). Para decirle algo al compañero de al lado hay que gritar. La poca luz que se filtra por las ventanas reduce las posibilidades de lectura.

Los efectos del calentamiento global

El trabajo de los científicos en la Antártida es enorme y muy variado, pero se estudia, fundamentalmente, el impacto del cambio climático. Según el español Jerónimo López Martínez, doctor en Ciencias Geológicas, en los últimos 50 años, el calentamiento de la península antártica fue mayor a 2,5 grados Celsius: más de cinco veces lo que se ha calentado el conjunto del planeta en ese mismo período.

Se ven los cables, las membranas: un avión impúdico de ventanas circulares, sin alfombras ni azafatas. Viajan sentados sobre unas redes rojas, unos junto a otros, brazo contra brazo, pierna contra pierna.

Varios estudios han demostrado que el calentamiento global ha aumentado su aparición en los últimos veinte años y esto ocurrió junto a un retroceso del hielo marino

que afecta a las distintas especies de la *megafauna* antártica. El geólogo glacial Jorge Strelin explica que, si bien en los últimos años hay cambios que llaman la atención, como el exagerado retroceso de algunos glaciares, no son tan alarmantes si se los compara con otros hechos naturales ocurridos en el planeta mucho tiempo atrás. “Quizás, la rapidez con la que ocurren sea de tipo catastrófico. Que en 30 años haya subido la temperatura lo que subió y que los glaciares hayan retrocedido lo que retrocedieron, por lo menos no es normal para los últimos diez mil años”, explica. Sin embargo, aclara que, si tomamos un período de dos o tres millones de años, los últimos diez mil (que corresponden al advenimiento de la civilización humana), han sido relativamente estables. “Lo normal en el planeta es el cambio climático”, dice y comenta que, para poder dilucidar este asunto en las bases argentinas, hay glaciólogos que estudian cómo los glaciares se derriban, disminuyen, retroceden. Hay biólogos que estudian cómo el agua de ese deshielo (que es dulce) impacta en las caletas: baja la salinidad del mar y afecta a las comunidades microbianas. Otros científicos analizan cómo el adelgazamiento de la capa de ozono en la Antártida hizo que se incrementara la radiación ultravioleta, lo que produjo mayor mortalidad de las bacterias que están más cerca de la superficie. También se investiga el rol fundamental de esas bacterias, que incorporan la materia orgánica disuelta (más de un 40% del carbono del mar quedaría disuelto en el agua salada si no fuera por las bacterias que, a través de la cadena trófica, van pasando al krill, a los peces, pingüinos o focas. Si hubiera menos bacterias, la cadena estaría en riesgo). Los grupos de biólogos se dividen por áreas de trabajo especializadas, ocupándose de la fauna vegetal y animal: algas grandes y algas pequeñas, líquenes y musgos, peces y aves, mamíferos varios. Unas biólogas se ocupan de pensar cómo, con bacterias de la misma Antártida, se podrían combatir los efectos del asentamiento humano en el continente blanco (por más medidas que se tomen siempre produce contaminación: con basura o derrames de gasoil). Biólogos y veterinarios monitorean las gripes de las aves, para poder actuar en caso de que hubiera una pandemia.

La mayoría de los científicos hablan del aumento de la temperatura mundial y del cambio climático como algo concreto, pero están de acuerdo en que como hace muy pocos años que comenzaron los estudios en la Antártida, hay que ser precavidos en las conexiones de los hechos y sus causas. Si se derritiera el hielo del también llamado sexto continente, el nivel del mar subiría unos 60 metros. Ciudades como Tokio, Hong Kong, Shangai, Hamburgo, Buenos Aires y Nueva York desaparecerían sumergidas. Sin embargo, dicen los científicos, nada anuncia que esto vaya a ocurrir en el corto o mediano plazo.

Un día en la vida antártica

Las bases tienen horarios de estructura militar: pase lo que pase se desayuna a las 7.30, se almuerza al mediodía, se cena a partir de las 20.30. Pero que la estructura exista no significa que todos deban cumplirla: algunos de los científicos prefieren dormir un rato más e ir a la cocina de los alojamientos donde pueden tomar un té, un mate o prepararse un café instantáneo con galletitas. Cada uno atiende su propio proyecto y dispone del tiempo como mejor le convenga (o como puede de acuerdo al clima).

Además de ser un punto de encuentro para sociabilizar, durante el desayuno en la casa principal se recibe información. Siempre, mientras todos comen, alguien toca la campana que está a la entrada de la cocina e, inmediatamente, se hace silencio. El encargado de base, junto al jefe militar, da el parte climático. Muy serio y en tono monocorde, lee un papel breve y comenta la temperatura, la visibilidad, las posibilidades de que llueva o nieve o haya un viento que arrase con todo lo que se le ponga delante. Si hay temporal o nieve o viento demasiado fuerte, se espera o se trabaja en los laboratorios. Si el día es “lindo” (y en la Antártida “un día lindo” es bien distinto a un “día lindo” en cualquier ciudad del mundo: un día antártico de lluvia y dos o tres grados bajo cero puede ser considerado “un día lindo”), los liquenólogos salen a caminar mirando el suelo, a tomar muestras de las nuevas especies, a constatar que las que estaban sigan estando; los biólogos del grupo de mamíferos andan libretita en mano, contando a los elefantes marinos, adormecidos uno sobre el otro, en grupos de quince o veinticinco ejemplares; los geólogos arman sus pertrechos y se van a acampar a lugares inhóspitos en tiendas diminutas.

Un día lindo en la Antártida se aprovecha y los glaciólogos van a revisar que los instrumentos de medición no se hayan detenido o hayan sido tapados por kilos y kilos de nieve; los buzos militares acompañan a los científicos en bote para que tomen muestras, o pesquen unos peces extraños, de cabeza enorme y triangular; los oceanógrafos también se embarcan, con aparatos que miden la temperatura y la conductividad (que luego, con unos cálculos, permite obtener la salinidad) en función de la profundidad. Luego calculan la densidad, la turbidez y trazan líneas imaginarias para, más tarde, en laboratorio y con programas especiales, conjugar los datos a fin de armar mapas. Según su especialidad, cada cual se aboca a su tarea.

Desde 1994, el rionegrino y ayudante científico Ramón Conde de 64 años viajó a la Antártida unas siete veces: trabajaba en la dirección de fauna en Río Negro y tenía experiencia en trabajar con animales salvajes.

Las bases tienen horarios de estructura militar: pase lo que pase se desayuna a las 7.30, se almuerza al mediodía, se cena a partir de las 20.30. Cada uno atiende su propio proyecto y dispone del tiempo como mejor le convenga (o como puede de acuerdo al clima).

“La gran diferencia entre la ciencia argentina en la Antártida y en el continente, más allá de los paisajes que son únicos y que hacen que uno se quede detenido apreciando la naturaleza, es la convivencia”, dice. “Cuando hay un temporal, la gente pasa mucho tiempo encerrada: en el invierno hay 14 personas y, de repente, empieza el verano y llegan 60 más.

El espacio que uno ganó en el invierno debe cederlo en el verano y hay que aprender a tolerar a los que te simpatizan y a los que no”.

A fines de febrero, principios de marzo, las bases vuelven a quedar deshabitadas. En general, un sólo científico se queda como “invernante” junto a los quince o veinte militares que se encargan del mantenimiento de las instalaciones en el invierno

Después de recibir instrucciones de todos sus compañeros, él (o ella: en la historia de las bases argentinas hubo un sólo caso de una mujer invernante) se encarga de mantener los experimentos activos, revisa la toma de muestras y el buen funcionamiento de los aparatos de medición: arregla alguno en caso de que estén rotos, quita la nieve, registra datos parciales y, luego, se los envía al responsable del estudio.

El invierno antártico es mucho más áspero que el verano, no sólo por las condiciones climáticas (la temperatura baja, no hay sol, y casi no se puede salir de la base), sino también por la falta de compañía: los demás, aunque no nos caigan bien, nos distraen de nosotros mismos. ■